

PREGÓN 2008

HERMANDAD AGUSTINA NUESTRO PADRE JESÚS DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS



D. RAFAEL PALMERO RAMOS,
OBISPO de Orihuela-Alicante

“YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA”

1. ¡Abramos nuestros sepulcros! El sepulcro es el símbolo más claro de la muerte, de la desesperanza. Donde hay muerte y pecado, no puede haber esperanza y salvación. ¡Pero, donde hay un sepulcro vacío, allí ha triunfado la Vida y la Resurrección! Necesitamos, pues, el Agua viva que Jesús ofreció a la samaritana, un agua que calma nuestra sed de eternidad, de felicidad, de bienaventuranza. Anhelamos la Luz que devuelve la vista a los ciegos, a los que no encuentran sentido a sus vidas, a quienes caminan en medio de tropiezos y obstáculos porque todavía no se han encontrado con Jesucristo en su camino

hacia Emaús.

Deseamos con todas nuestras fuerzas que el Resucitado abra nuestros sepulcros, que retire la pesada losa de nuestro pecado y nos ayude a ponernos nuevamente en pie.

Dios es nuestra esperanza, como anuncia el profeta Ezequiel en uno de sus oráculos: "abriré vuestros sepulcros... os infundiré mi espíritu y viviréis". Porque nuestro Dios es un Dios de vivos, no es un Dios de muertos. Por tanto, "si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros... vivificará también vuestros cuerpos mortales", dice san Pablo en su carta a los Romanos.

2. “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de Vida”. Como en

Pentecostés, el Espíritu Santo transforma radicalmente todo lo que se halla bajo su influjo. Unos hombres atemorizados se convierten en intrépidos apóstoles que evangelizan sin complejos. Encerrados por miedo a los judíos, ahora es el Espíritu de Dios quien los empuja a dar razón de su fe a quienes se lo pidan.

El Espíritu Santo, que Cristo envía en nuestro socorro, es el que habita en nosotros y nos estimula a seguir el ejemplo del Señor. Jesucristo, despojado de sus vestiduras, nos recuerda en este tiempo de Cuaresma que, para resucitar con Él, también nosotros debemos despojarnos de nuestras "vestiduras". Despojarnos del hombre viejo que hay en nuestro interior para que Dios, como el alfarero, pueda remodelar en nosotros al hombre nuevo

que el pecado original había dejado oculto.

El Espíritu divino es el que anima nuestra oración, nuestra caridad, nuestra alegría y esperanza en una vida más plena, más auténtica, más realizada y perfecta. Donde sopla el Espíritu de Dios ya no puede haber espacio para el pesimismo, el desaliento, la tristeza y mucho menos para la muerte. “El que cree en mí -dice Jesús-, aunque haya muerto vivirá... no morirá para siempre”. Las palabras que pronunció el P. Arrupe poco antes de su muerte son una clarísima profesión de fe: “La muerte, para un cristiano es el último *amén* de su vida y el primer *aleluya* de su vida nueva”.

ATERRIZAMOS CON BUEN PILOTO

Predicar en esta parroquia vuestra es acercarse a S. Agustín, que no sólo es

Padre de la Iglesia, sino figura actual y digna de ser escuchada. Sus hijos, los Agustinos, son los herederos de tan rica enseñanza. Espigo un poco en sus escritos y os ofrezco dos puntos de reflexión:

1. Predicaba el Obispo de Hipona, en Cartago, un 14 de septiembre, fiesta de S. Cipriano, mártir.

- “Nos hallamos en la misma vida en la que también él tuvo que sufrir la fatiga -Vivió en esta vida mortal y ahora... mereció conseguir la inmortal... El Señor Dios y Salvador nuestro, el que no sabe mentir, quien ni engaña ni es engañado, dictó la regla en que se contiene el modo de vivir la vida mortal y de llegar a la eterna... Cipriano enseñaba y amplía esta Regla”.

Y explicaba el niégate a ti mismo (Mc 8₃₄) con esta bella imagen: “Amas el trigo, y esparces ese trigo que con tanto cuidado habías almacenado en tu granero, que con tanta fatiga de siega y trilla habías limpiado; ya guardado y limpio, cuando llega la sementera, lo tiras, lo esparces, lo cubres de tierra pero no ves lo que esparces. Mira cómo, por amor al trigo, esparces el trigo; derrama la vida por amor a la vida; pierde tu alma por amor a ella, puesto que, una vez que la hayas perdido por Dios en este tiempo, la encontrarás en el futuro para que viva eternamente. Derrama, pues, la vida por amor a la vida” (Sermón 313, D.1.2).

“Nos enseñó a vivir, para que no muramos eternamente; nos enseñó a morir, para vivir eternamente” (Sermón

313 E,1, en la misma fecha, 14 de septiembre del año 410).

Es una invitación, como veis, a vivir el tiempo, por tanto, también la Cuaresma y la Semana Santa, parte del mismo dando a cada minuto una duración de eternidad, es decir, aprovechándolo del mejor modo posible. Como vosotros sabéis y queréis hacerlo. Sé muy bien que este es vuestro empeño y vuestro propósito renovado.

2. Aquí, allí y mientras tanto

En mi tesis doctoral sobre la “*Ecclesia Mater*” de San Agustín, preparada con cariño filial en la década de los 70, recojo y comento un texto que autores anteriores, dedicados también a conocer el pensamiento de San Agustín sobre el Cristo total, resumen en estos términos:

“El tiempo y su historia, la vida del individuo y de la Iglesia alcanzan su pleno significado cuando se destacan sobre el fondo doctrinal de tres adverbios sencillos que S. Agustín acostumbraba usar frecuentemente en sus sermones: *hic*, *ibi*, *interim*. *Ibi* (allí) representa el cielo, la meta de todos nuestros esfuerzos y aspiraciones. *Hic* (aquí) significa la tierra, el lugar de prueba y combate, del vicio y la virtud. *Interim* (entre tanto) es el tiempo concedido a cada hombre para esperar el día del Señor, cuya venida anhelan todos los buenos cristianos. La Iglesia está en la tierra, pero existe también en el cielo. Como Cristo, la Iglesia participa del tiempo y de la eternidad. Como Cristo vivió en el tiempo, así

también la Iglesia vive en el tiempo. Como Cristo, después de su ascensión, se halla fuera del tiempo -un Cristo eterno-, así también hay una Iglesia eterna. Lo eterno y lo temporal, tanto en Cristo como en la Iglesia, forman una sola unidad”.

Tienen alcance estas observaciones. Nos hacen otear en el horizonte inmenso el camino que venimos recorriendo y nos descubren una pista nueva, no estrenada, abierta al descanso definitivo del Cristo total, del Esposo y de la Esposa, en la plenitud y el gozo.

El Verbo de Dios, manifestado a la humanidad llena de ignominia y unido a ella en desposorio santo, ha cambiado su suerte. Reina ya, glorificado en el cielo. La

glorificación de la Cabeza es invitación y garantía para su cuerpo, que hoy vive en la esperanza y mañana conocerá el gozo de la resurrección: “Él ya resucitó; por tanto, ya tenemos la Cabeza en el cielo, donde aboga por nosotros. Esa nuestra Cabeza sin pecado y sin muerte, está ya propiciando a Dios por nuestros pecados, para que también nosotros, resucitados al fin y transformados, sigamos a la Cabeza de la gloria celeste. Adonde va, en efecto, la cabeza, van también los otros miembros. Siendo, pues, miembros suyos, no perdamos, mientras aquí estamos, la esperanza de seguir a nuestra Cabeza”.

“Porque también nosotros hemos resucitado con Cristo y estamos ahora con Cristo, nuestra Cabeza, mediante la fe y la esperanza; mas esta nuestra esperanza se

consumará en la resurrección de los muertos. Así, pues, cuando nuestra esperanza llegue a su meta, habrá llegado también a la suya nuestra justificación”.¹

Tenemos aquí perfectamente señalado el camino que vamos recorriendo juntos, en el tiempo, tiempo que pasa velozmente para todos, y la eternidad, más que lugar, estado definitivo para gozar de la felicidad y disfrutar de la plenitud de vida.

Allí entonaremos a coro con los ángeles el Amén y el Aleluya eternos -única ocupación, gozoso descanso- allí se elevará una sola voz: “Tota actio nostra Amen et Alleluia erit”. *Amén*, que significa acuerdo, que denota participación, que se traduce en asentimiento; *Aleluya*, que

¹ R. Palmero Ramos, “Ecclesia Mater” en San Agustín, Madrid 1970, 209-210

expresa la alabanza de Dios.²

3. Propósito y compromiso

Vivid, por tanto, y ayudad a vivir en vuestro entorno estas verdades fundamentales, que dan sentido y valor a nuestra vida. Todos, Agustinos, comunidad docente del colegio, feligreses de la parroquia y cofrades de la Hermandad Agustina de Nuestro Padre Jesús Despojado de sus vestiduras. Sé que formáis todos una piña -cor unum et anima una- y esta unidad en lo necesario es garantía de acierto apostólico.

Despojados de tantos atuendos innecesarios, fortificad con vuestra vida cristiana, recia y coherente con la fe que profesáis, que “tenemos necesidad de

² Ibid. 215

pensar, de amar, de ser felices; pero ¿cómo se logra la felicidad?”, preguntaba un día el Papa Pablo VI. Y respondía con palabras de San Agustín, -que la buscó con tantas ansias y sólo la encontró en Dios- : “Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti”

Para superar las crisis del espíritu que hoy afecta a nuestro mundo, no hay otro camino que el de colocar a Dios en el lugar que le corresponde.

“Necesitamos, escribe Benedicto XVI, en su carta encíclica *“Spe Salvi”*, tener esperanzas -más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios,

que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza, pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe

aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es 'realmente' vida”.

Gracias por vuestra invitación. Enhorabuena cordialísima a todos, y vamos a seguir ofreciendo juntos la Eucaristía,

“el tesoro de la + Rafael Palmero

Iglesia”, la valiosa herencia que el Señor le ha regalado... La Eucaristía es el Señor Jesús que se entrega “para la vida del mundo” (Jn 6₅₁).

Parroquia “Sta. Teresa de Ávila” - PP.

Agustinos



Alicante, 9 de marzo de 2008
Domingo V de Cuaresma (A)